



La Santa Sede

JUAN PABLO II

REGINA COELI

Domingo 12 de mayo de 1996

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Los beatos, que acabo de elevar al honor de los altares, enriquecen el panorama de santidad de la Iglesia como rayos de la gloria de Cristo resucitado. Se conformaron a él, abriéndose a la efusión de su Espíritu, y manifestaron así el *poder de la Resurrección*, que es victoria sobre el pecado y sobre la muerte.

Cristo resucitado es, de verdad, el sentido del *hombre* y el destino del *mundo*. «En él, la historia de la humanidad e, incluso, toda la creación encuentran su recapitulación (cf. *Ef* 1, 10), su cumplimiento trascendente» (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 668).

Las vicisitudes terrenas de todo ser humano que llega a la gloria de los altares confirma, del modo más claro y convincente, esta verdad. También esta mañana, con los seis nuevos beatos, hemos podido experimentarla directamente.

2. Dirijo un saludo cordial a los numerosos peregrinos que han venido aquí de varias partes de Italia, de España y del mundo. Mi pensamiento fraterno se dirige a los prelados que han acompañado a sus fieles para participar en esta liturgia de beatificación. En particular, saludo a los cardenales presentes y, entre éstos, al cardenal Carlo Maria Martini, sucesor en la cátedra de san Ambrosio del beato Alfredo Ildefonso Schuster, a quien bien definió: «Un hombre todo oración». Precisamente en la oración este austero monje encontró el secreto para destacar en el escenario religioso y civil de los años difíciles durante los cuales la Providencia lo llamó a regir la Iglesia ambrosiana. A vosotros, milaneses, que os sentís orgullosos de haberlo tenido durante muchos años como obispo intrépido y apóstol infatigable os corresponde el deber de honrar su

memoria mediante el compromiso de seguir sus enseñanzas e imitar su ejemplo.

Y también a vosotros, fieles de Lecce, de Nápoles, de Faenza y de las demás localidades en las que desarrollaron su actividad los beatos Filippo Smaldone, Gennaro María Sarnelli y María Raffaella Cimatti, aceptad la invitación que os hacen a caminar con decisión por la senda de la fe y de la caridad.

3. En este día de gozo para toda la Iglesia, quiero dirigir un afectuoso saludo a las religiosas jesuitinas, así como a los numerosos obispos, sacerdotes y fieles venidos desde España, América Latina y Asia para la beatificación de la madre Cándida María de Jesús y de María Antonia Bandrés.

La profunda espiritualidad de estas dos guipuzcoanas de corazón universal, fundamentada en los ejercicios ignacianos, las movió a entregarse con celo santo al servicio de la Iglesia y de las necesidades de las gentes de su época. Su testimonio sigue vivo en nuestros días, y nos habla de ardor misionero, de humilde confianza, de procurar siempre y en todo la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres.

4. Miremos a la Virgen santísima, la toda hermosa, que en la tierra siguió a su Hijo divino con fe manifestada en obras, y ahora participa en su mismo destino de gloria en el cielo.

Que la intercesión de María santísima y de los nuevos beatos, en la comunión de todos los santos, nos obtenga acoger con coherencia las exigencias del Evangelio y nos sostenga en el compromiso de traducirlas a la vida ordinaria.